

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 231

Valencia, 20 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

Franklin Roosevelt condena las dictaduras

El viernes 17 del actual, celebraron los Estados Unidos de América el 150 aniversario de su Constitución federativa. Y con tal motivo, el Presidente Franklin Roosevelt habló, por la radio, a sus ciudadanos.

Su discurso habrá causado, de fijo, profundo disgusto en los centros gubernamentales de Italia y de Alemania. El primer magistrado de la Gran República, no sólo ha proclamado su fe en la Democracia y el liberalismo, sino que ha lanzado violentos anatemas contra los regímenes dictatoriales, fascistas y totalitarios de Europa.

He aquí algunas de sus palabras:

«En los últimos tiempos, hemos podido oír, claramente expresada, la idea de que las democracias son posibles con Gobiernos representativos por una sola persona. No trato de negar la posibilidad teórica, pero debo reconocer que los métodos dictatoriales no son democráticos.

«Los dictadores actuales anuncian el fin de la Democracia en el mundo. No comparto su opinión. Siempre los hombres y las mujeres de hoy se negaron a obedecer cobardemente a un solo individuo o a un grupo arbitrario. Y se negarán, no únicamente por odio a la tiranía, sino porque las nuevas formas de gobierno a que me refiero, amenazan de tal manera la vida mundial, que la misma civilización está en peligro.

El miedo a la agresión, a la invasión, a la subversión y a la muerte, se cierne sobre la tierra. El pueblo de los Estados Unidos está decidido a mantener esta amenaza creciente, lejos de sus costas.

El Gobierno democrático de nuestro país, demostrará prácticamente el valor de la Democracia y la inutilidad de la Dictadura, la cual va siempre acompañada de un espíritu invasor. No soy pesimista. Creo que nuestras instituciones democráticas pueden hacer todo lo que las personas razonables esperan de ellas.»

Así se ha expresado el hombre a quien, por dos veces, en elecciones triunfales, la democracia de los Estados Unidos ha elevado a la autoridad suprema. Franklin Roosevelt, hijo de sus obras, no cree en la violencia. Ama la paz. Y pone en guardia a su pueblo contra los delirios del fascismo, que engendran «la agresión, la invasión, la subversión y la muerte», y que amenazan los fundamentos de la civilización misma.

No puede pedirse más claridad ni valentía. Los italianos y alemanes que viven desde Niágara Falls a Nueva Orleans, y desde Nueva York a San Francisco, habrán sentido, al oír a Roosevelt, dolor y vergüenza. Lejos de sus patrias, acomodados y acostumbrados a un ambiente de libertad, compadecerán seguramente a los ciento diez millones de esclavos blancos sin redención inmediata posible, que gimen en las inmensas ergástulas, cementerios de almas, que se llaman Italia y Alemania. Y es que el patriotismo no puede llegar hasta la solidaridad con el crimen. Víctor Hugo, desde su destierro de Guernesey, cantaba las glorias de los mejicanos, defensores de Puebla, contra los franceses de Lorencez. Estaba espiritualmente más cerca de ellos que de los invasores del Anahuac.

Y es que las victorias del tercer Napoleón en América, remachaban las cadenas que arrastraba Francia. Vidente con la videncia del poeta, adivinaba, tras las brumas de la mañana de Querétaro, el triste sol de Sedan.

Sí. Que Europa, asustada, dividida, desorientada, sepa que en la otra banda del Océano, no temen contagios de locuras colectivas. Tienen los nervios sanos y los cerebros limpios de fantasmas. Son normales y optimistas. Las neurosis de la postguerra no les invadieron. Sufren rápidas e intensas fiebres de crecimiento, que no amenazan su salud. Y salen de ellas más fuertes y alegres. No conciben que un hombre pueda hacer de una gran nación un rebaño. El Babbit común y típico, a la hora de la meditación política, se siente rey dentro de su traje de almacén de ropas hechas. Delega por comodidad, porque tiene mucho que hacer, porque le preocupan sus intereses, pero no consentirá jamás que esa delegación se cambie en negación de su derecho, y en limitación de su voluntad de ciudadano libre. Vota a Franklin Roosevelt porque tiene confianza en su energía, honradez e inteligencia. Si esa confianza se debilitara, con razón o sin ella, buscaría otro jefe civil...

«La Dictadura es la agresión», ha dicho el Presidente de los Estados Unidos. Sin duda, pensaba en Abisinia, en España, en China, en Checoslovaquia. Nombres, casos y fechas, pugnaban, de fijo, por salir de sus labios. La discreción que le imponía la responsabilidad de su cargo, le impidió ser más explícito. Pero la alusión partió vibrando del arco de su oratoria, y se clavó profundamente en el blanco europeo.

Delbos, en su discurso de Ginebra, se ha lamentado de que las pasiones ideológicas tiendan a hacer de Europa dos campos enemigos. No. No son las pasiones ideológicas. Yerran los que ven falsamente en la guerra española, en la guerra china, en el peligro que se cierne sobre Checoslovaquia, una pugna de dos místicas rivales. Lo que defendemos los españoles, lo que defiende Chang Kei Shek, es el principio de la autodeterminación de los pueblos. Y con él, ese bien supremo del hombre que es la Libertad. Alguien llamó al liberalismo la temperatura moral de las naciones civilizadas. La novísima barbarie quiere expulsarlo del mundo. Y ello ha determinado una crisis que Delbos, en el mismo discurso a que aludo antes, ha descrito como sigue: «Si los pueblos no quieren perecer, habrán de permanecer alerta día y noche. Esta tensión nerviosa determinará poco a poco una fiebre y un temor que llegarán a ser tan peligrosos como la misma amenaza. La continuación de los armamentos sería la ruina universal. Por otra parte, si unos desarman mientras los demás siguen rearmándose y sobrearmándose, el mundo quedaría dividido en dueños y esclavos.»

Fatalmente, por la lógica de las circunstancias, más poderosa que las intenciones humanas, se formará, frente al bloque de totalitarismos, el bloque de las democracias. Francia, Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos, se unirán, más pronto o más tarde, contra Italia, Alemania y el Japón, o, mejor dicho, contra Mussolini, Hitler y la casta militarista nipona. El Labour Party, en Norwich, Litvinof en Nyon, Daladier en París, Delbos en Ginebra y Roosevelt en Washington, han hablado, como si se hubieran puesto de acuerdo, el mismo lenguaje...

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

La piratería italiana es juzgada en Alemania demasiado peligrosa

Se cree que Italia se está arriesgando en grado sumo al chocar, especialmente, con la Gran Bretaña

LONDRES. El corresponsal diplomático del "Manchester Guardian" en esta ciudad, refiriéndose a la Conferencia del Mediterráneo y a las acusaciones concretas pronunciadas en Nyon y en Ginebra contra Italia, ha teleografiado a su periódico lo siguiente:

"Aquí en Londres, se tienen pocas o ninguna duda sobre la nacionalidad de los submarinos que cometieron actos de piratería. La Conferencia nada prejuzga en cuanto a la nacionalidad de los sumergibles: lo que se propone es acabar con la piratería sin importarle a quién pueda alcanzar la responsabilidad. Alguien sospechó que los submarinos piratas pudieran ser alemanes, pero no hay la más ligera prueba sobre tal cosa.

Lo que sí es cierto, a juzgar por todos los indicios, es que Alemania reprueba las recientes actividades clandestinas de Italia en el Mediterráneo, porque tiene el convencimiento de que su amiga y aliada se está arriesgando en grado sumo al chocar con las potencias occidentales, especialmente con la Gran Bretaña."

Ni guerra ni paz

Por Hermann Budzislowski

El día 20 de junio de 1900, el ministro alemán von Ketteler, fué asesinado en Pekín. Existía entonces en el Extremo Oriente una especie de seguridad colectiva, es decir, la decisión de las grandes potencias de asegurarse, aunque fuese por la violencia, la explotación de la China. Para vengar la muerte del diplomático alemán, se unieron las potencias europeas seguidas por el Japón y los Estados Unidos. Un ejército expedicionario logró una victoria fácil sobre la China indefensa y la condujo al estado caótico de los últimos decenios.

Después, el mundo se ha pacificado mucho. Un ataque aéreo contra el Embajador inglés, no motivó ni siquiera la declaración de guerra del país atropellado. A lo que parece no existe hoy pretexto ni motivo alguno de guerra; el hundimiento de trasatlánticos, la amenaza de las rutas marítimas, la destrucción del capital extranjero, la violación del Derecho, escrito o no, no significan nada frente al apego a la paz, que reina en todo el mundo. La guerra misma, las acciones bélicas en las cuales perecen hombres y más hombres no son todavía motivo para declarar la guerra. Entre la China y el Japón reina la paz, ahora como antes. En Tokio y en Nanking, los Embajadores de ambos países pacíficos en guerra, continúan sus tareas cotidianas y el Ministerio de Estado de Nanking acaba de declararse dispuesto a firmar con el Japón el mismo Pacto de no-agresión que firmó con la U. R. S. S.

Al parecer, no existe apenas diferencia alguna entre la guerra y la paz. Pero únicamente para la parte agresora existe la diferencia; sólo ella hace la guerra en plena paz, mientras se expresa en un lenguaje pacifista en tanto que la otra parte no puede menos de apreciar la decadencia de la paz. Nos acercamos, al parecer, a un estado de cosas que tiene su equivalente en

una fase determinada de la guerra europea.

El día 20 de noviembre tuvo efecto en Brest-Litowski la primera reunión de la Delegación soviética con Joffe a la cabeza, y los representantes de las potencias centrales. Dos días después, las acciones bélicas se paralizaron, dando comienzo las negociaciones de paz. A fines del mes de diciembre quedó demostrada la imposibilidad de llegar a un acuerdo. Puestas las esperanzas en una revolución supuesta de las masas democráticas de Alemania y de la monarquía de los Hasburgos, Trotski fué encargado, como jefe de la Delegación soviética, de prolongar las negociaciones. Sin embargo, no logró mantener mucho tiempo la tregua ni consiguió llegar a un acuerdo de paz. Dándose cuenta el enemigo de la táctica, el general Hoffmann «puso su bota militar sobre la mesa de la Conferencia».

El día 10 de febrero de 1918, Trotski hizo en la Conferencia del Armisticio la siguiente declaración: «En estas condiciones no firmaremos la paz, pero tampoco comenzaremos de nuevo la guerra.» Fué un gran acto revolucionario.

Lenin no compartía las esperanzas de Trotski; éste mismo afirmó luego que Lenin le dijo lo siguiente: «La revolución alemana es infinitamente más importante que la nuestra. ¿Pero cuándo vendrá? Nadie lo sabe. Por lo tanto, nada tiene más importancia en el mundo que nuestra revolución. La debemos asegurar, cueste lo que cueste.»

Ya el 17 de febrero, los alemanes reanudaron la ofensiva. La consigna «Ni guerra ni paz», no tuvo vida larga, y Lenin se decidió a aceptar el tratado de paz, que era mucho más desfavorable que antes.

Aun en el estado de total impotencia en que se hallaba entonces la Unión Soviética hubiera sido más favorable para ella atenerse a la

(Continúa en la página siguiente)

En la Alemania de Hitler

Campos de trabajo y campos de concentración

Por Oscar Obson

Antes de describir estos campos, permitaseme que aclare un punto. Tanto con anterioridad a mi visita como al regreso de ella, los amigos me han dicho:

«Naturalmente, habrán escogido los campos que pudieran enseñarles.»

No lo creo. Yo asistía, con otros delegados, al Congreso de la Cámara Internacional de Comercio, y como sólo teníamos unas horas para estar en Berlín, tuvimos que ver los campos establecidos a poca distancia de la ciudad.

Pero no ocultan nada los nazis, pues son (dentro de los estrechos límites de visión que les imponen su cerrazón mental), gente activa, y están orgullosos de estos campos.

Creo que ambos tipos de campos son instituciones espantosas, pero no por las razones que sus autores ocultarían si pudieran o que podrían ocultar si quisieran. Ambos campos eran absolutamente modernos: el orden y la limpieza estaban por encima de toda crítica. Respecto a la bondad de la alimentación no puedo juzgar, pero nos enseñaron las listas diarias de las comidas y algunas muestras de alimentos.

Los dos comandantes, prusianos incorruptibles del tipo cruel, contestaron a todas nuestras preguntas con franqueza; en una ocasión con franqueza casi brutal.

El campo de trabajo es una nueva institución a la cual están obligados a asistir todos los muchachos alemanes durante seis meses después de salir de la escuela y antes de hacer el servicio militar.

El que vimos tenía poca importancia, pues no contenía, sino 150 muchachos. La apariencia general no era desagradable, si bien las casas de madera parecían estrechas para el número de muchachos que tenían que vivir en ellas. Pero lo que más me impresionó fué el absoluto militarismo del lugar.

Advertíase esto aún antes de entrar en el campo, pues a la entrada había una garita en la que un muchacho montaba la guardia, armado de una pala. Se les entregaban palas especiales para hacer la instrucción, como si fuesen fusiles.

Descansan palas y presentan palas, lo mismo que se hace con las armas. Se nos explicó que estas evoluciones son mucho más difíciles con una pala que con un fusil, porque aquellas son más difíciles de asir.

La falta de tiempo nos impidió ver detenidamente el trabajo que hacen los muchachos o juzgar de su valor. Las horas usuales de trabajo están limitadas, según se nos dijo, a treinta y cinco semanales; a los muchachos se les paga un salario de treinta céntimos diarios y pueden salir los domingos.

El curso comprende conferencias, la mayoría de las cuales versarán, me imaginó, sobre temas militares. Precisamente cuando estábamos allí estaban pronunciando una sobre el descenso en paracaídas.

La entrada en la sala de conferencias me permitió apreciar el aspecto de los muchachos en masa. Me impresionó mucho. Exteriormente parecían bastante bien, pero había en sus ojos pruebas claras de cansancio. Los muchachos estaban atemorizados por la severa disciplina militar a que estaban sometidos.

El comandante dijo, que podíamos hacer preguntas a los muchachos y él mismo hizo en forma de ladrillo algunas a cuatro o cinco de ellos, a las que contestaron como dando el parte de una revista. Sus preguntas fueron las mismas en cada caso: «¿Qué edad tienes?» y «¿Has ganado en peso?»

Hablé a un muchacho que llevaba el brazalete de miembro del par-

tido nazi. A pesar de ello, estaba completamente asustado, temía con seguridad ser cogido en algo... y respiró mejor cuando el comandante echó a andar.

Esta impresión de cansancio y la fijeza nada natural de los ojos, era, como es consiguiente, mucho mayor en el campo de concentración de Sachsenhausen.

Este es un campo nuevo, grande, situado en los pinares al Norte de Berlín. Sólo está ocupado desde septiembre y fué construido por los mismos prisioneros. Los edificios y enseres eran excelentes; sin embargo, el lugar carecía de humanidad.

Dentro del espacio cercado, no crecía ni una brizna de hierba. Aparte del terreno ocupado por las casas de madera, era una explanada arenosa. Sobre la puerta principal y en los ángulos de ella, había torres de vigilancia en las que estaban apostados guardianes con reflectores y ametralladoras.

El conjunto de las viviendas estaba rodeado de alambradas y a lo largo de ellas, colocados a intervalos, postes en los que se leía un aviso que los más analfabetos podían leer: «una calavera». No había necesidad de preguntar si la cerca estaba electrificada.

Preguntamos al comandante si algunos de los prisioneros intentaron escapar. «Si —dijo— todos ellos.»

Y nos explicó que las tentativas se producían cuando estaban fuera del recinto de las viviendas, en las cuadrillas de trabajo. Se le preguntó si alguno lo consiguió. Contestó que ninguno, aunque en una ocasión hicieron un túnel de unos setenta metros de largo y explicó con siniestra sonrisa que si alguna vez un prisionero pasaba de cierto límite, era muerto a balazos.

El campo contenía 2.300 prisioneros. De éstos, mil eran «criminales profesionales» y mil trescientos eran «criminales políticos».

Sólo se les distingue porque los políticos llevan una franja de paño rojo en los uniformes de algodón blanco, y los asesinos la llevan verde.

En este campo, mil trescientos alemanes (la mayoría jóvenes no judíos), cuya única ofensa es haber expresado puntos de vista políticos desagradables al partido nazi, reciben tratamientos idénticos al de los criminales habituales que han sufrido muchas condenas anteriores.

Teóricamente, los hombres de ambas clases pueden asegurarse la libertad, si pueden convencer a los oficiales de la prisión de que se han convertido en buenos ciudadanos. Se nos mostró un prisionero modelo que en breve iba a ser puesto en libertad. Era un ladrón.

Después de pasar lista, un «político» anciano (a juzgar por su cara, un idealista fanático), dió media vuelta y de pie sobre una silla empezó a dirigir a los presos convertidos en orfeón, un cántico.

Este canto de los presos me causó una impresión más profunda que todo lo que vi en Alemania.

Todos se unieron en el cántico. Su voz conjunta debía oírse a varios kilómetros.

Pero era el canto de los forzados. Faltaban las ligeras variaciones de tonos y de cadencias que dan encanto a un coro. El sistema de canto era el que, según me han dicho, ha sido adoptado por el ejército alemán, según el cual cada palabra se canta separadamente sin ligazón con la siguiente.

Esto es ya la militarización de la música.

Era un canto que no expresaba ninguna emoción, ni siquiera el anhelo de libertad que anima a todo cautivo, pues haberlo expresado hubiera sido invitar a estos despotas con alma de sargentos mayores que ahora gobiernan Alemania a realizar una nueva y bárbara represión.

(«News Chronicle», 13-9-37.)

NI GUERRA NI...

(Continuación)

antigua fórmula «o la guerra o la paz», que correspondía a la realidad que no a la ficción de la frase «ni guerra ni paz». Por lo general, es el más fuerte aquel que sabe sacar provecho de situaciones turbias, por lo menos es el más resuelto.

«Ni guerra ni paz», he aquí la consigna que necesita el agresor. Ella le asegura el máximo de actuación libre y le permite retirarse en un momento dado, de la acción, cuando en ésta corre peligro para comenzar otras acciones.

Por ejemplo, Italia no está en guerra con la República española, al contrario, ha firmado un Pacto de neutralidad y pertenece, todavía hoy, al Comité de No Intervención; pero tampoco vive en paz con el Gobierno legítimo de España; no mantiene relaciones diplomáticas con él y las tropas italianas acaban de conquistar Santander. Con cinismo inaudito se celebró en Roma la violación de la No Intervención. La fórmula «ni paz ni guerra», sólo ha paralizado la actividad de Italia en un momento, aquel en que las potencias occidentales dieron un puñetazo en la mesa.

¿De qué manera más diferente se presentaría hoy España si las potencias occidentales hubieran optado por la antigua alternativa «o la guerra o la paz»? El agresor hubiese retrocedido, la guerra civil hubiese sido liquidada, hace mucho tiempo, e Inglaterra y Francia no se sentirían hoy amenazadas. «Ni

guerra ni paz», —este estado se extendiendo por todo el Mediterráneo; reina en el Asia oriental y amenaza a Centro-Europa—; es un mal progresivo. Siendo un absurdo la situación, resulta cada vez más insostenible; o se rendirá una de las partes, y la paz volverá; éste fué el caso de Brest-Litovsk; o todo el mundo se verá comprometido en luchas indefinidas; lo probable es que sea éste nuestro destino.

La habilidad de la diplomacia inglesa no evitará la catástrofe. Hace años que se intenta en Londres separar a los tres supuestos agresores —Alemania, Italia y el Japón— sin lograrlo; al contrario, la colaboración entre los tres es cada vez más estrecha. Juntos, como en España, y aislados como en Abisinia y China, cometen agresiones y siempre se prestan ayuda diplomática.

Las lamentables tentativas de hacer renacer el Comité de No Intervención y el lenguaje de Inglaterra frente al Japón, agudo, pero sin consecuencias, pudieran inducirnos a suponer que la rendición ante los agresores fascistas es inminente. Sin embargo, la situación internacional difiere esencialmente de la rusa en el año 1918. Rusia, que era entonces un Estado impotente, se halló frente a un ejército victorioso, experimentado en la guerra. Pero en nuestros días, allí donde han surgido luchas, las masas populares no se han mostrado derrotistas, ni muchísimo menos, y el potencial de guerra es superior al del agresor. Dadas estas circunstancias, la ren-

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

dición no es fácil, aunque se quisiera que lo fuese.

Además, entre las potencias interesadas está la Unión Soviética, cuya decisión, por ejemplo, de defender a Mongolia, ha sido manifestada varias veces. Esa nación acaba de firmar un Pacto de no agresión con la China, al que se atribuye gran importancia por la situación de guerra en el Extremo Oriente, y la Prensa de Moscú viene subrayando este hecho con su declaración de considerar también indivisible la paz en el Asia oriental.

El riesgo de los agresores, pequeño hasta ahora, va aumentando vertiginosamente, y ya es tiempo de hacerlo llegar a sus conciencias. Si tuviesen la certeza absoluta de que el estado del «ni lo uno, ni lo otro» ha pasado, y de que el momento del «lo uno o lo otro» ha llegado también para las grandes potencias, sería posible renacer la paz, antes de que estalle la guerra general.

(«Die Neue Weltbühne», Praga, 2-IX-1937.)

Los bancos portugueses cierran el crédito a los facciosos

París. — Noticias de Lisboa dicen que los Bancos particulares portugueses, que al comienzo de la guerra de España abrieron créditos a los nacionalistas españoles, han suprimido totalmente toda ayuda financiera. Lo mismo sucede con las sociedades españolas, en las que fueron sustituidas las juntas directivas, habiendo cesado igualmente las suscripciones en dinero y artículos que al comienzo se hicieron en gran escala. Esto demuestra que la opinión pública española, en Portugal, no confía ya en el triunfo del cabecilla faccioso.

En el puerto de Lisboa se hallan retenidas numerosas partidas de mercancías llegadas en tránsito, y con destino a los facciosos, por falta de pago. Una de las más importantes casas portuguesas de productos químicos, a la que Franco debe 180.000 escudos, por suministros efectuados, acude a diario a la casa de España, donde los facciosos tienen instalada su representación oficial, para reclamar el pago, habiendo amenazado con llevar a los Tribunales a Gil Robles y a otros «jefes» que hicieron el pedido.

La situación de un gran número de aristócratas y capitalistas españoles que residen en Portugal desde el comienzo de la guerra, empieza a ser verdaderamente desesperada, por carecer de medios económicos. En compensación, existen algunos elementos, los que estaban en el secreto del «complot» que preparaban los facciosos y que se trasladaron a Portugal, después de las elecciones de febrero, que disfrutaban de una situación desahogada. Entre éstos se encuentran las comunidades religiosas, y especialmente los jesuitas, que se llevaron de España muchos millones, oro, joyas y otros valores.

En la ciudad de Elvas, fronteriza a Badajoz, han sido encarcelados más de 500 individuos de la «Legión portuguesa» (organización fascista recientemente creada por el dictador Salazar), por haberse negado a ir a combatir con las fuerzas de Franco. En cambio, 37 presos poli-

Más pruebas de la intervención extranjera
Marruecos es el punto de concentración y de embarco de los italianos

PARIS.—«Le Populaire» publica un despacho de su corresponsal en Tánger anunciando que el 6 de septiembre desembarcaron en Melilla 7.000 soldados italianos.

Inmediatamente salieron para España desde dicho puerto marroquí tres divisiones. Oficiales italianos han declarado que estos 7.000 soldados no son más que el anuncio de llegada de grandes efectivos a Melilla.

Por otra parte, se anuncia que desde hace una semana están llegando al Marruecos español gran número de ingenieros alemanes, que estudian la organización de las fortificaciones en la frontera, entre las zonas francesa y española y el rededor de Tánger. En el Cabo de Villa Alhucemas han sido montadas baterías de gran calibre, de fabricación alemana.—Fabra.

Este «Boletín» se reparte gratuitamente

ticos, entre ellos un médico de la India portuguesa, que llevaban siete meses en los inmundos calabozos del Gobierno civil de Lisboa, todos ciudadanos portugueses, se han visto obligados a aceptar la coacción de la «Pvd» de enrolarse en el Tercio al servicio de Franco, para verse libres de los horribles tratos de que eran objeto.

En Sacavem, localidad industrial próxima a esta capital, se han declarado en huelga los obreros de la industria cerámica, reclamando mejora de jornal para poder vivir, ya que un litro de aceite cuesta alrededor de diez escudos, y un kilo de arroz, cinco, mientras que los salarios no exceden de diez y quince escudos. La «Pvd» intervino con medios violentísimos, alegando que se trataba de un movimiento subversivo, matando a tres obreros e hiriendo a veinticinco.—Fabra.

(«Verdad», Valencia, 17-IX-37.)

La «Gazzeta del Popolo» reconoce el heroísmo de las brigadas republicanas de carabineros

La «Gazzeta del Popolo» publica un artículo del cual entresacamos los siguientes párrafos:

Los carabineros republicanos no se rinden ni teniendo el puñal al cuello.

Un oficial del Estado Mayor de la División Littorio, me explica: «Batería roja: Ayer la retiraron; hoy la han vuelto a emplazar. Están decididos a luchar. Tenemos enfrente la Brigada de Carabineros. Son feroces y guerreros como los árabes. La primera resistencia sería la tenemos en El Pardo, donde un carro, número 30, inutilizó con su cañón a un carro nuestro. Ayer hemos tenido que luchar con dos Brigadas de Carabineros, que resistían bien. No se rindieron ni teniendo el puñal al cuello.»

INTERVU CON LUCIEN VOGEL

"Lo único que nos pide España es ganar para nosotros una guerra que acaso perdiéramos en Francia,"

Lucien Vogel procede en la entrevista a que le someto por afirmaciones rotundas como mazazos.

—¿Qué opina usted de la fórmula tan empleada, más que ahora al principio de nuestra guerra, por no pocos sinceros demócratas franceses, «Todo por España, nada contra la paz»?

—Que ha conducido a una tristísima realidad, que se puede formular a su vez, de este modo: «Nada por España, y, por tanto, todo contra la paz». La razón es muy sencilla. La política de no intervención, en lugar de evitar la guerra, nos ha conducido más cerca de ella que nunca al multiplicar las causas, ocasiones y pretextos de conflicto. Se puede afirmar rotundamente que la no intervención es la guerra, pues que los Estados las cosas se han habituado a ver satisfechas todas las exigencias por el temor de los Estados demócratas a una conflagración. Yo digo más. Yo digo que la amenaza de guerra constantemente sostenida por el fascismo les ofrece más ventajas que la guerra misma al eliminar los riesgos que esta comporta. Es decir: deducen de la amenaza de guerra todas las ventajas de la guerra y ninguno de los inconvenientes. Ahora se ven con cuánta razón los demócratas franceses decíamos, con ocasión de la conquista de Abisinia, que nuestra tolerancia, lejos de calmar el apetito de Italia, no haría más que aumentarlo, creándole nuevas aperturas, al mismo tiempo que animábamos a los otros Estados autoritarios a seguir el mismo camino.

—¿Cómo ve usted, a unos meses de distancia, sus campañas propagandísticas sobre los riesgos de la flaqueza ante el «bluff» fascista?

—Ahora considero esas campañas mías —y de tantos otros— con infinita amargura. Hay casos en los que el comprobar por los hechos que teníamos razón es una fuente de desconsuelo. ¡Cuánto daríamos muchos escritores y políticos franceses por que los hechos hubieran demostrado nuestra equivocación! Desgraciadamente, teníamos razón. Ya ve usted... Las pequeñas naciones se separan poco a poco de las potencias de prestigio disminuido, y buscan la neutralidad.

—Su visión, pues, es pesimista...

—No. En absoluto, porque estoy convencido de que todavía es tiempo de reaccionar y de vencer definitivamente en España al fascismo que amenaza a Francia y a Europa y la paz. Ya a ningún espíritu imparcial puede caberle la menor duda: la

guerra civil española no es más que el pretexto de una invasión por los ejércitos fascistas, con el designio de realizar el plan hitleriano de aislamiento y cerco de Francia.

—¿Cómo trazaría usted, concretamente, el balance de un año de no intervención?

—No es difícil. He aquí el balance: veinte mil alemanes y cerca de cien mil italianos invadiendo España; la aviación nazi ensayando sobre Guernica y Durango los métodos de la guerra total; algunas de las flotas encargadas del control interviniendo para bombardear las ciudades que tenían el encargo de defender; la flota alemana introducida con todos los honores en el Mediterráneo; Francia virtualmente cercada y cortadas sus comunicaciones marítimas; Gibraltar, rodeado por tierra y por mar, reducido a una posición puramente defensiva; Malta, Suez y las rutas marítimas de las Indias, gravísimamente amenazadas. He ahí mi balance de un año de no intervención. La política internacional ha conocido raramente una situación tan absurda y ridícula. ¡Y pensar que lo único que nos pide la España republicana es ganar para nosotros la guerra contra el fascismo, guerra que muy probablemente perderíamos mañana, una vez cercada Francia totalmente, en nuestro territorio!

—¿Hasta qué punto cree usted que bastará un acto de energía?

—En ese acto de energía, sin necesidad de llegar a la guerra, tenemos puestas muchas francesas nuestras mejores esperanzas. Los hechos han demostrado que basta una ligera oposición a la audacia fascista para que ésta retroceda. Retrocedió cuando Francia exigió la neutralización de Marruecos a las tropas extranjeras; el fascismo nada dijo ni nada hizo cuando Rusia, ante la violación de tantos compromisos, proclamó que ayudaría económicamente al Gobierno legítimo español, y cuando Francia, cansada, a su vez, de tanta burla, se decidió a suprimir el control internacional en la frontera pirenaica.

—Mi conclusión, pues, es francamente optimista. «Todavía es tiempo.» Todavía es tiempo de permitir a la República española que se bata con su sangre; pero con armas, por nuestro interés común. Todavía es tiempo de salvar en España la paz y la libertad del Mundo.

FERNANDO DE LA MILLA

Paris, 6 de septiembre de 1937.

La Prensa extranjera que defiende la causa de Franco, reconoce la intervención italogermana en el conflicto español

El «Journal de Geneve», en su número del 10 de septiembre, publica un artículo firmado por Ed. Bauer, en el que se confiesa desahucadamente la ayuda que Italia y Alemania han prestado al «generalísimo». Tanto el señor Bauer como el diario en que escribe, sienten un desmedido entusiasmo por el triunfo de los «nacionales» españoles. Tienen, por ello, más valor las palabras de dicho artículo que a continuación reproducimos:

«En el momento de su desembarco en Marruecos, el 17 de julio de 1936, el general Franco no tenía razón para considerar a Francia entre los adversarios, eventuales del movimiento nacional. Diez años antes, el Ejército francés y el Ejército español, habían cooperado en la conquista del Rif, y desde entonces reinaba una auténtica intimidad entre los coloniales de ambas naciones. El mismo, en la época en que administraba la zona española de Marruecos, estuvo en las relaciones más cordiales con la residencia de Rabat. No pensó, pues, en el comienzo del conflicto y sin esperar ninguna iniciativa extranjera, iba a prestar al Gobierno de León Blum al Frente Popular.»

Todo el mundo sabe cuál fué el apoyo, que el Gobierno de León Blum prestó al Frente Popular español. El embargo de las escasas armas que habían sido compradas por un Gobierno legítimo que se veía obligado a luchar contra una sublevación militar en todo el territorio de su soberanía, soberanía indiscutible basada en el reciente triunfo electoral del 16 de febrero, fué la primera decisión del Gabinete Blum. Negada de este modo la ayuda a que tenía derecho un Gobierno reconocido por todos los países, pudo llegarse luego a las sucesivas comedias de la «no intervención» y del control marítimo. Ese fué el único apoyo francés. Veámoslo ahora, por los propios interesados, y Ed. Bauer es uno de ellos, cuál fué la prestación de la Italia fascista al «generalísimo»:

El primer refuerzo que llegó en ayuda de la rebelión, fué el de los aviones italianos que aterrizaron en Melilla el 30 de julio de 1936, habiéndose perdido algunos de ellos en la región de Ujda. De las investigaciones que hizo a raíz de este accidente la autoridad francesa, se desprende que se trataba de una expedición organizada apresuradamente por el célebre hombre de

negocios mallorquín Juan March, y la precipitación que con se llevó este asunto fué la causa de la catástrofe en que se perdieron, con parte de sus tripulaciones, tres aviones «Savoia-Marchetti», de los quince que habían salido la víspera de Bolonia sin preparación y sin entrenamiento alguno. En esta circunstancia, se verá una prueba de que los nacionales no habían premeditado nada en este sentido, y que se trataba de una respuesta improvisada a lo que estaban en derecho de considerar como una injusta agresión por parte del Frente Popular.»

«De qué género y en qué sentido pudo recibir agresiones injustificadas de la República española, la Italia del duce? Eso no lo dice el articulista. Calla también las pretendidas ofensas que el Frente Popular español pudo hacer a unos militares, respetados en sus grados y consentidos en sus mandos, que se valieron de esta debilidad gubernamental para levantarse en armas contra el pueblo. Dice, sin embargo, cuánta ha sido la ayuda prestada desde el extranjero a los «nacionales».

«Hoy, aunque en Salamanca se muestran en extremo discretos so-

España va a reembolsar a Norteamérica sus créditos bloqueados de hace años

WASHINGTON. — El Gobierno de la República española ha comunicado al de los Estados Unidos que va a comenzar a reembolsar a las firmas norteamericanas sus créditos bloqueados en España.

El señor Hull ha declarado que se trata de los créditos privados concedidos antes de la guerra.

Sherover, agente del Gobierno español, estima que los créditos norteamericanos congelados en España se elevan a cerca de cincuenta millones de dólares.

Ha entregado al señor Hull una carta del presidente del Consejo señor Negrín, en la que éste expresa la esperanza de que el rasgo de la España republicana será una nueva prueba de la intención del Gobierno español de cumplir todas sus obligaciones internacionales.

Sherover añadió que en breve se entablarán negociaciones semejantes con otros países.

Los pagos se efectuarán, parte al contado y parte escalonados en cierto número de años, con intereses. — Fabra.

bre este asunto, se puede estimar la ayuda aportada a los nacionales de la siguiente manera: procedente de Italia, se habla de un grupo de cinco Divisiones de «camisas negras», puestas bajo un mando único. No las hemos visto, pero si hemos podido ver por las carreteras de Castilla columnas de camiones con la insignia tricolor, así como un cierto número de tanques de los que no hemos logrado saber si se trataba de formaciones divisionarias o de unidades motorizadas autónomas. En total, estimamos en 55 ó 60.000 hombres los efectivos italianos que luchan en la Península.

Entre los hombres uniformados que circulan por las calles de Salamanca y de Burgos, el tipo germánico se destaca fuertemente del conjunto. Hay una tendencia a exagerar la importancia numérica del contingente alemán, tanto más cuanto que las tropas que lo componen acompañan los desplazamientos del Cuartel General. Según lo que hemos visto, gran parte de la aviación nacional (personal y material), procede del otro lado del Rhin. Igualmente, algunas unidades de las tropas de transmisión: radiotelegrafistas y telefonistas, con sus aparatos y su vehículo, algunas formaciones de artillería antiáerea, en las ciudades y en el frente, y quizá también algunas baterías de artillería pesada de largo alcance. Todo esto suma un material especializado con un pequeño número de hombres necesarios para su servicio. En todo caso, no hay en España ninguna gran unidad de la Wehrmacht, y no tenemos nada que formular contra la cifra de 5.000 hombres que nos ha sido dada en diversos sitios bien informados, como el efectivo total del contingente alemán que combate en España.

Al lado de esto, algunos hombres aislados, llegados de todos los rincones del mundo, entre los cuales hay bastantes franceses, hispano-americanos, algunos irlandeses y rusos blancos, la mayoría antiguos oficiales del ejército del zar. El total, según cálculos prudentes, debe de haber unos 70 ó 75.000 extranjeros al servicio del general Franco.

En cuanto a los famosos submarinos «desconocidos», el señor Ed. Bauer, aun cuando reconoce que sólo ha podido obtener escasos informes, lanza con sobra de audacia y falta de cálculo la imputación gratuita de que son submarinos «rojos».

«En cuanto a los famosos submarinos —dice— que siembran el terror en el Mediterráneo, sólo hemos podido obtener sobre ellos escasos informes. En julio de 1936, la flotilla submarina española estaba formada por unas quince unidades. De este total, tres se refugiaron en Francia y en Inglaterra, después del desastre del 15 de agosto. Se puede admitir, por otra parte, que los nacionales han puesto a flote el «C-3», echado a pique por una bomba de aviación en el estrecho de Gibraltar y quizá también el «B-6», averiado por el torpedero «Velasco» en el golfo de Viz-

caya. Otros dos, en fin, según rumor, salieron subrepticamente de su base de Cartagena, durante el invierno pasado, para ir a Ceuta. El general Franco, dispone, pues, de una pequeña flota submarina. Y si nos atenemos al anuario de Jane, veremos que una unidad del tipo «C» es perfectamente capaz de llegar hasta los Dardanelos por sus propios medios y operar allí durante varios días. Desde el año 1915, los alemanes, a pesar de que sus «Uboot» fuesen a menudo más pequeños, hacían ya cruceros muy parecidos. ¿Hay que atribuir todos los torpedeamientos de estas últimas semanas, y particularmente el ataque frustrado contra el destructor «Havock» de la marina británica, a este escuadrilla? Sobre este asunto no sabemos más que el lector, pero quisieramos mencionar aún la ansiedad que se manifestaba, a raíz de nuestra estancia en Salamanca, en los centros autorizados, por lo que respecta al nuevo incidente internacional, cuyo origen se atribuía a los rojos, deseosos de generalizar el conflicto.

Esto es lo que podemos decir sobre la intervención italogermana en la Península Ibérica. No negaremos su importancia, y el lector sacará la consecuencia que crea conveniente.

Saque el lector, ahora, la consecuencia que crea conveniente. Ante sus ojos están, reveladas por los mismos fascistas, las pruebas de la intervención alemana e italiana en España. Demostrado queda con cifras que los célebres submarinos que invaden el Mediterráneo pueden pertenecer a Franco que, aunque averiada —nueva y sorprendente revelación fascista— dispone de una pequeña flotilla que es capaz de llegar a los Dardanelos. Y para que el lector no se pierda en fantasía, se le recuerda, muy oportunamente, y con sublime candidez, que, desde 1915, los alemanes hacen con sus siniestros sumergibles «Uboot» cruceros muy parecidos.

Con todos estos datos, el lector incauto está en condiciones sobradas de afirmar, con el indiscreto señor Bauer, que los submarinos «desconocidos» no pueden ser más que submarinos «rojos» empeñados en llevar al mundo a una guerra que Hitler y Mussolini, con su prudencia y buen sentido habituales, se proponen evitar por humanidad.

Tres destructores de nuestra Flota han librado un combate con el «Canarias»

La noche del 17, a las veintuna y quince, y a treinta millas novena y cinco grados de Barcelona, se libró un combate entre el crucero faccioso «Canarias», y tres destructores de la Flota republicana. El combate duró una hora.

Nuestros buques salieron indemnes, y continuaron, sin más novedad, el servicio que tenían encomendado.

La Iglesia contra la Iglesia en España

Todos los demócratas belgas y todos los cristianos del mundo condenan al Padre Lobo, que representa, con el teólogo José Galligos, al verdadero clero de España y de otros países, fiel a la tradición de Cristo.

El Padre Lobo, después de haber salido algo bruscamente de Bélgica, donde fué detenido, como se recordará, por haber venido a implorar nuestra ayuda a la República, está en España desde el comienzo de las hostilidades.

Hemos tenido que vencer enormes dificultades para hablar con este magnífico soldado de la paz. Había marchado a Alicante para descansar unas horas al lado de sus padres. Y aun en el recogimiento del ambiente familiar, lejos de toda excitación política, el sacerdote nos habla de su pobre pueblo.

—Ya ve usted si estoy libre, a pesar de que se haya escrito que todos los sacerdotes de la España republicana habían sido fusilados.

En efecto, el Padre Lobo circula a pie o en coche por todo el país, y vive en un hotel de Valencia, en donde todo el mundo le conoce.

—Quisiera —me dice Lobo, volver a nuestro país para denunciar a la cristiandad las mentiras de la Prensa fascista, y decir a mis hermanos que el cristianismo debe separarse, de una vez para siempre, del capitalismo, pues una Iglesia pobre será siempre más pura que una Iglesia rodeada de riquezas.

Lobo hace hincapié en esta forma suya de pensar, e insiste en que expresemos su tristeza por haber presenciado la deserción de los jefes de su Iglesia, el mismo día de la insurrección de los militares, cuando su presencia habría sido útil y tan confortadora para el pueblo abrumado por los sufrimientos.

—Si el pueblo —añade el Padre Lobo—, hubiese sentido que estábamos con él, nos habría abierto sus brazos. Estoy dispuesto, si mi obispo me aplicase una sanción, a obedecerle con humildad, porque sigo siendo un sacerdote fiel a la Iglesia; pero nadie podrá nunca impedir que hable a mis hijos, que esté con ellos y que diga siempre la verdad. Estoy seguro, desde luego, del triunfo de esta verdad, pues la mentira y la barbarie ceden siempre ante la voluntad del pueblo.

—¿SE HAN QUEMADO IGLESIAS?

A esta pregunta, el rostro del sacerdote se entristece.

—Sí, se han quemado algunas iglesias —dice— y sobre todo en Madrid, en donde yo ejercía mi ministerio; pero hay que buscar los responsables entre los malos sacerdotes que se han hecho cómplices de los militares rebeldes.

Le enseñaré a usted el documento firmado por algunos sacerdotes, atestiguando que se ha disparado con ametralladora desde las iglesias, las cuales tenía que tomar al salto el furor popular.

Si se han producido excesos debido a la inevitable desorganización de los primeros tiempos, ¿no es también culpable la Iglesia de no haber sabido evitarlos?

España vivía en un estado tal de opresión y de miseria, que yo un día predije a mi obispo la suerte que esperaba a la Iglesia si continuaba apartándose del pueblo.

En Valencia, por el contrario, y en otras partes en donde no se ha provocado a la violencia, las iglesias están en pie, como puede usted comprobarlo.

¿Y LOS SACERDOTES?

Cuando le digo al Padre Lobo que los periódicos dicen que se ha asesinado a casi todos los religiosos y religiosas, se indigna.

—Hay miles de sacerdotes que viven tranquilamente en sus casas. ¿Sacerdotes? Hay ochocientos entre las ruinas y los "blocaos" de Madrid, protegidos por milicianos y que trabajan con

ellos. ¿Sacerdotes? Hay tres mil en Barcelona. ¿Religiosas? Los nueve conventos de Madrid han sido conservados y las religiosas evacuadas. Mañana visitaremos un asilo en donde viven ciento treinta y cinco de estas pobres mujeres.

Y ahora, ¿qué más quieren los buenos cristianos de nuestro país que se separan horrorizados, porque una Prensa vendida a los monstruos fascistas ha querido endosar a la pobre España los crímenes de sus tiranos?

Antes de dejarnos, Lobo quiere que digamos que sigue siendo solamente sacerdote, no un político de derechas o de izquierdas. "Continuaré bautizando o dando los Santos Sacramentos a los que sufren en el infierno de Madrid."

Es un deber que debieron de haber comprendido quienes huyeron con sus riquezas y que no han podido perdonar a los obreros por haberse defendido contra sus opresores.

Tengo que rendir —añade el Padre Lobo— un homenaje especial a los heroicos sacerdotes del País Vasco, muchos de los cuales han muerto por la libertad y otros muchos secundando la obra del Gobierno para la evacuación de los niños, y hasta colaboran en la reorganización política del país, en las oficinas de Valencia, de Madrid y de Barcelona.

Ha hablado un sacerdote. Un gran corazón!

ROLAND COULON

UNA DECLARACION.

Tenemos la satisfacción de poder añadir a este artículo la declaración que nos acaba de hacer el grupo de siete sacerdotes que hemos visitado esta tarde en la cárcel de Valencia.

La declaración es, por su concisión, una magnífica réplica a la carta de los obispos españoles que acusan al Gobierno "comunista" (!!) de la República de ser responsable de los incendios de unas iglesias.

Estos incendios, han declarado los sacerdotes, pueden ser imputados a los disturbios populares que se producen en toda guerra; de ninguna manera a la autoridad republicana.

"Cárcel de San Miguel de los Reyes.

Valencia, 3 de septiembre 1937. No creemos que las iglesias destruidas lo hayan sido por orden del Gobierno de la República.

RAFAEL SARIPIAN, presbítero; JERONIMO UTRILLA, presbítero; ADORACION REYES, presbítero; JOSE ORTIZ, presbítero; ANTONIO ROCAMORA, presbítero; ANTONIO MOAPER, presbítero; RAFAEL POZAS, presbítero. «Le Peuple», Bruselas, 14-9-37.

EL PUEBLO ESPAÑOL EN ARMAS

Por el Dr. PABLO M. MINELLI

(Continuación)

sirve, frente a esa realidad, pedir que se concedan seguridades?»

El grado de responsabilidad de Francia

En cuanto al Gobierno de Francia, no hay duda que su conducta lo hace menos responsable que al británico. Su posición geográfica y el retraimiento de Inglaterra para integrar la defensa colectiva, le crean una situación continental con inferiores seguridades que la de Gran Bretaña.

Con todo, su responsabilidad es grande, porque los hechos demuestran que ninguna de sus legítimas exigencias deja de ser respetada por las potencias fascistas. Su decisión de suspender las garantías del contralor neutral en la frontera francoespañola, constituye un duro contraste (el más serio de todos, hasta este momento) para la libre acción fascista en la Península. Su veto al Plan Eden contraría, al menos momentáneamente, las condescendencias británicas para con los Estados fascistas; sin embargo, las amenazas catastróficas no se han realizado.

El plan del 14 de Julio

El Gobierno de Gran Bretaña procura salvar, a toda costa, el expediente de no ingerencia. Es el modo de que se vale para favorecer a Franco, eludiendo los efectos de la irritación popular. Las proposiciones formuladas el 14 de julio, por intermedio de Eden, ante los países que componen el Comité de No Intervención, para restablecer el funcionamiento del sistema, constituyen la prueba terminante de la parcialidad del Foreign Office en favor de los rebeldes hispanos. Es el primer documento público en el que se propone el reconocimiento de beligerantes a los insurrectos. La cláusula relativa a la vigilancia de los aeródromos establece que ese requisito se considerará con posterioridad; vale decir, se posterga la adopción de una de las medidas más urgentes e indispensables, pues la vía aérea es de las que se utilizan con mayor impunidad por las fuerzas rebeldes. Y la disposición que prevé el retiro de los voluntarios (la única medida que provocaría de inmediato el fin de la lucha y el triunfo de la República) se inserta en términos generales, sin darle el carácter de previa.

La impresión causada por esa actitud y por dicho documento es profunda. Tanto la opinión pública británica, como la del resto del mundo, ven, en la referida conducta, un nuevo paso en el camino de las concesiones a los enemigos de la democracia española.

El Mayor Attle, en nombre de la oposición, se ha hecho eco de la protesta general. Su discurso, pronunciado el 14 de este mes en los Comunes, al interpelar al

canciller Eden, es decisivo. Revela la gravedad de la actitud del Gobierno y el grado de indignación del ánimo público.

Algunas de sus consideraciones: «Creo que si fueran aceptadas (las proposiciones de la Cancillería) no harían más que dar lugar a otro de los casos que han ocurrido durante toda la historia de la no intervención, en que so pretexto de hacer eficaz la no ingerencia, se han concedido ventajas a las fuerzas del general Franco, sobre el Gobierno español...» «Creo que está tratando de reconciliar lo irreconciliable y el resultado es que, en realidad, ha cedido a las exigencias de las potencias fascistas...» «Yendo a la importantísima proposición de conceder derechos de beligerantes al general Franco, supongo que esa proposición ha sido hecha en el deseo de agradar a Herr Hitler y al señor Mussolini...» «Es evidente que, sin el apoyo extranjero, el general Franco se derrumbará. Esa es la fuerza que el Gobierno británico propone que se reconozca...» «Este país, continuamente se puso en la situación de ayudar al general Franco y, al hacerlo, prolongó el infierno de que es víctima el pueblo español y, por tanto, compartirá entonces el resentimiento de ese pueblo...» «Año tras año, vemos cómo los viejos y respetables jales del Derecho Internacional son tirados por la borda. Al concederse los derechos de beligerante, se dará un nuevo ejemplo de que así se hace. Es mi deseo que Gran Bretaña se mantenga fiel a las leyes fundamentales, que no se deje influir por los peligros de una guerra y acepte órdenes de los Estados Fascistas.»

En presencia del proyecto del Foreign Office, el Presidente Azaña no puede silenciar su condenación. La hace en términos severos e iluminantes. He aquí sus palabras dichas desde la Universidad de Valencia: «Yo afirmo que desde que empezó la guerra no se ha realizado un acto de intervención en favor de los rebeldes más descarado que esa propuesta de reconocimiento de beligerancia. Lo cual no es sólo una extorsión al derecho, sino, en lo político y militar, el más poderoso auxilio que los rebeldes podían pedir. Y resulta que en virtud del funcionamiento del Comité, veintitantos o treinta Estados, la mayoría de los cuales —es decir, sus gobiernos— no habían pensado en otorgar a los rebeldes la beligerancia, ni habían hecho especial estudio ni aprecio de esta cuestión, ahora se sienten dulcemente invitados, suavemente compelidos a hacer el reconocimiento en común, como si siendo muchos, el hecho del reconocimiento pareciera más justo o quedara disimulada la terrible agresión que supone contra la razón y el derecho de la República de España. Y este Comité, instituido para que nadie intervenga en España, lo que hace es provocar y cohonestar la intervención de treinta Estados en favor de los rebeldes. Y cuando aquí no debía intervenir nadie, el Comité es el que arrastra a la intervención más descarada y decisiva que hasta ahora se había producido en la guerra de España.»

Es tan cierto que el Plan Eden favorece a los rebeldes, que, antes de 48 horas, la prensa de Berlín y de Ro-

ma formula comentarios de una cordialidad inusitada para Gran Bretaña. A su vez, el representante de Portugal manifiesta que su país está dispuesto a reorganizar el control si Francia también lo restablece.

Al producirse la reunión del Comité, el plan francés. Francia considera que el control marítimo es inseparable del terrestre, y con la Unión Soviética, declara que el retiro de los voluntarios debe cumplirse primeramente. Italia y Alemania procuran evitar el mencionado retiro.

Esas actitudes son explicables. El Gobierno de Francia, no obstante su deseo de satisfacer a Inglaterra, debe ceder a la presión de las fuerzas populares cuyos órganos representativos se pronuncian abiertamente contra el reconocimiento de la beligerancia. La Unión Soviética sabe que el retiro de los voluntarios determinaría el fin de la guerra y la derrota de los insurrectos. Italia y Alemania siguen los caminos necesarios para que el General Franco no quede desprovisto de tropas.

La conducta de Gran Bretaña ha sido, pues, decisiva, hasta la fecha, en el desarrollo de los sucesos españoles. La duplicidad de su actitud es la causa fundamental de que los republicanos no hayan podido reunir a los elementos indispensables para restaurar el orden. Fué también el factor que más ha influido para que el Gobierno de Francia dejara de cumplir las prescripciones del derecho internacional, y, sobre todo, sus deberes para con la democracia.

La heroicidad hispana y la conciencia del mundo

No obstante lo sucedido, la orientación de los Gobiernos británico y francés, se hará cada día más difícil. De ello se encarga, principalmente, el pueblo español. Su maravillosa capacidad para agigantarse en la lucha, se impone a la conciencia del mundo. A medida que la resistencia republicana se afirma, la opinión universal se siente más herida por el terrible drama. Las voces de los Attle, Lloyd George, Morrison, Palm Dutt, Dalton; todas las voces que resuenan en los cuatro horizontes del planeta en demanda de justicia, son los signos inequívocos de aquella herida. Ese grito no se hubiera producido las clases dominantes de Gran Bretaña, por medio de su Gobierno Nacional, habrían llegado infinitamente más lejos en sus designios de sacrificar las libertades hispanas. Todo lo que ese Gobierno no ha hecho en el mencionado sentido, se debe, pura y exclusivamente, a la acción de las clases populares. Attle lo acaba de confirmar con decidida energía, en su discurso del 15 del corriente. «El Gobierno Británico —ha dicho— muestra siempre la misma tendencia: siempre es muy tímido cuando se llega a algo que se refiere al General Franco. Solamente mediante la actitud de esta Cámara impedimos que el Gobierno bloquee a Bilbao en favor del general Franco. Lo mismo sucedió respecto a Santander.»

(Continuará)